

TIERRA ADENTRO



Ruta de coca

La ruta de la coca es misteriosa y oscura. Desconocemos su origen, pero sabemos que está allí, en el VRAE, en el Huallaga, destruyendo a su paso los obstáculos que encuentra y rompiéndole la mano al Estado desde hace veinte años. ¿No es acaso el modelo neoliberal una de las causas directas del desarrollo ilegal de la hoja de coca? El crecimiento económico también produce excedentes fuera del sistema legal del comercio formal: es imposible el control del dinero blanco cuando las políticas represivas atacan el centro del círculo y no el perímetro, que al final es que el más daño produce. La coca vive del sistema.

El consumo de drogas es el gran combustible que hace que la máquina del narcotráfico avance. Si no hay consumidores, no habrá negocio. Los clientes de la gran máquina peruana y latinoamericana están afuera, gozando del desarrollo del otro lado del Atlántico o del canal de Panamá. Las medidas de represión vienen, justamente, desde allá. Es la DEA gringa la que impone las normas para combatir el tráfico y el consumo. Ese círculo extraño encierra a la coca, le permite viajar en calma, desde las tierras en la selva baja, pasando por los funcionarios corruptos, hasta llegar a los consumidores. Ellos serán reprimidos por un Estado ausente y con argumentos vacuos, moralizadores, que terminarán generando más conflicto, más narcotráfico y más corrupción.

Existe el riesgo de que el Perú se convierta en un narcoestado. Así como Vaticano tuvo estrechos vínculos con la dictadura fuji-montesinista, hoy el narcotráfico puede infiltrarse en las esferas más altas del poder. El Congreso parece ser una puerta abierta para la instalación de la mafia: los filtros de elección de candidatos son escasos o inexistentes, y permiten que se cuelen elementos involucrados en el negocio. Si el narcotráfico consigue cobijo en las instituciones democráticas, el virus habrá calado más profundamente que nunca. ■